

aun contra mi sentimiento de censurar á ninguna mujer, y aunque lo haga con la mayor lenidad. Mis gustos y los de Croke no son, de ningún modo, los mismos. Yo no quiero comprometerme á hacer la revista de ningún libro de una señora sin conocer antes cómo está hecho.

Siempre suyo,

T. B. MACAULAY.

Albany; Londres, 21 de Julio de 1843.

Querido Napier: Oigo á la generalidad opiniones favorables á mi artículo. Me agrada una cosa: es que usted ha asegurado que el «Ricardito» del *Viejo Whig* era apodo de algún actor cómico. Muchas gentes creen que arriesgo demasiado asumiendo así tan marcadamente la responsabilidad de una mera evidencia interna. Ahora, por un accidente singular, he hallado quién era el actor.

Un viejo apuntador del teatro Druvy Lane, llamado Chetwood, publicó en 1747 un pequeño volumen que contiene una relación de todos los famosos representantes que él recordaba, dispuesta por orden alfabético. Este pequeño volumen lo hallé uno de estos días pasados en un puesto de libros, en Holborn, y el primer nombre con que me encontré fué el de Enrique Norris, un comediante favorito del público, que era apodado Ricardito porque obtuvo su primera celebridad representando la parte de Ricardo en el *Trip para el jubileo*.

Añade que era muy pequeño. Se hallaba, pues, este personaje en la cumbre de su popularidad al mismo tiempo que se escribía el *Viejo Whig*. Convendrá usted

conmigo en que esto es decisivo. Estoy un poco vano de mi sagacidad, que yo realmente pienso que me habría conferido el «vir clarissimus» si hubiese recaído sobre algún punto capital del griego ó latín; pero estoy aún más contento por haber librado á Addison de un cargo injusto que había sido creído universalmente desde la publicación de las *Vidas de los poetas*. Tiene usted que hacer alguna objeción que inserte una pequeña nota sobre esto al fin del número inmediato. Diez líneas pueden bastar, y la materia es realmente interesante para todos los amantes de la historia literaria.

Los ministros están en la más envidiable situación como políticos, y por lo que se ve, todos los acontecimientos van contra ellos. El inmenso nombre del Duque, aunque ya sea tan sólo un «magni nominis umbra» les presta un gran servicio. Su aserción, aunque no sostenida por razones, salvó á lord Ellenborough. Su declaración de que se habían tomado precauciones suficientes contra una sublevación en Irlanda ha hecho renacer la calma en el público. Nadie puede sin peligro aventurarse á hablar en el Parlamento, con amargura ó desdén, de cualquier medida que él cubra con su autoridad. Pero tiene setenta y cuatro años y en su constitución muchos más aún. Su muerte será un golpe terrible para este pueblo. No veo razón para creer que la agitación de Irlanda pueda subsistir por sí misma ó que la muerte de O'Connell pueda aquietarla; por el contrario, temo mucho que su muerte sea la señal de una explosión. El aspecto de la política extranjera es sombrío. Las rentas están en desorden; el comercio en la indigencia y la legislación estancada. Los tories se han dividido en tres ó más fracciones, cada una de las cuales odia á las otras más que á los

whigs; la fracción capitaneada por Peel, la que está representada por Vivian, el *Morning Post* y la fracción de Smith y Cochrane. No me extrañaría mucho que al final de la legislatura inmediata el ministerio entrase en descomposición.

Siempre suyo,

T. B. MACAULAY.

Macaulay estaba en lo cierto pensando que el gobierno se hallaba deshecho, y lord Palmerston estaba seguro de ser llamado á substituirle. Sir Roberto Peel no era el primer ministro y quizás no sería el último que había sido encadenado al oficio por el peso pasivo de una inmensa, pero descontenta mayoría. Se hallaba imposibilitado de retirarse en favor de sus enemigos, y obligado á disgustar á los que le sostenían á todo trance, tenía todavía ante él tres años de mortificación personal. La conducta que Macaulay siguió entre los años 1841 y 1846 puede tomarse como modelo de la que debe seguir un hombre de Estado en la oposición. Siguiéndola, alcanzó una rara ventaja. Los continuos y absorbentes trabajos de su historia llenaban su inteligencia, ocupando sus ocios, y le separaban de el deseo inmoderado de ocupación y estímulo que yace en la raíz de la mitad de los errores á que son propensos los políticos fuera del gobierno, errores que el juicio popular puede injustamente atribuir á falta de patriotismo ó exceso de bilis. En los momentos de recrudecerse la lucha de los partidos que de tiempo en tiempo ocurre, habla con frecuencia, pero no dice su mejor palabra; en cambio, cuando viene un asunto acerca del cual su conocimiento es grande y su opinión muy señalada, interviene con resultado notable y decisivo.

Se ha dicho de Macaulay, con referencia á este período de su carrera política, que ningún miembro había tenido nunca mayor influencia sobre las decisiones del Parlamento como él, cuando empleaba tantas horas en la biblioteca y tan pocas en el Salón de sesiones. Jamás hubo hombre público alguno, privado de la autoridad de ministro, que tan fácilmente haya moldeado una parte importante de ley alguna en una forma tan exactamente conforme con su propio criterio, como lo hizo Macaulay con el acta de la propiedad literaria de 1842. En 1844, había sido fijado el tiempo durante el cual, el derecho de impresión de un libro continuaba siendo propiedad particular en veintiocho años desde la fecha de la publicación. La brevedad de este término había casi sido mirado como una injusticia por autores y editores, y comenzaba á serlo por todo el mundo. «La familia de sir Walter Scott, decía mis Martineau en su Historia de Inglaterra, arruinada por sus grandes pérdidas, podía tener la esperanza de una remuneración suficiente y honrosa en su espléndida colección de trabajos, que el mundo está comprando tan ardientemente como al principio; pero según la ley de la propiedad literaria de Waverley, esta propiedad está para expirar, y no ha habido nadie que viese la injusticia de transferir al público posesión tan evidentemente sagrada como aquélla.»

Una ley que barrenaba derechos de los hijos del gran hombre de Escocia, cuyos escritos habían sido populares y remuneradores desde un principio, era nada menos que cruel en el caso de los autores, que después de haber librado una batalla de toda la vida contra la insensibilidad de sus conciudadanos, habían al fin creado su gusto por sus propias obras. Las poe-

sías de Wordsworth las compraba con entera libertad una generación á quien su autor habia educado para gozar de ellas; pero como estaban entonces las cosas, su muerte robó á la vez á sus sucesores el importe de toda participación en el producto de la venta de los sonetos y de la oda á la inmortalidad, dejándoles para consolarse lo mejor que pudiesen el derecho de propiedad del prelude. Southey (poseyendo firmemente, como él la poseía, la idea de que la posteridad da el mayor valor á aquéllas de entre las producciones humanas, que los vivos están menos dispuestos á comprar), declaró que en el estado actual de la ley no podía emprender más trabajos de investigación semejantes á la Historia del Brasil, ni más poemas épicos de la magnitud de Madoc y Roderico. Pero nada movió tan efectivamente las simpatías de los hombres que estaban en el poder, como una petición presentada á la Cámara de los Comunes por «Tomás Carlyle, un autor de libros», que comenzaba por mostrar humildemente. «Que el peticionario habia escrito ciertos libros, animado por consideraciones honrosas y laudables, y que solicitaba, «que en vista de que su trabajo habia encontrado hasta ahora pequeña ó ninguna recompensa en dinero ó cosa que lo valiese, y teniendo seguridad de que la hallaría, pero acaso en un tiempo tan lejano, cuando ya no tuviera el autor del trabajo necesidad de dinero, pero sí pudieran necesitarlo aquellos seres queridos suyos»; rogaba á la Cámara que prohibiese «á personas extrañas, sin relación alguna con él, apoderarse de este su pequeño lucro, por un espacio de sesenta años lo más corto, y que después de sesenta años, á menos que Vuestra Honorable Cámara no provea otra cosa, ellos puedan comenzar á usarlo».

En la legislatura de 1841 Serjeant Talfourd presentó una proposición proyectada con el intento de extender el limite de la ley del derecho de propiedad literaria de un libro, á sesenta años contados desde la muerte del autor. Macaulay, hablando con portentosa fuerza de argumentación y brillantez de ilustración, indujo á la Cámara á que desechase el proyecto por unos pocos votos. Talfourd con la mayor amargura de su alma exclamaba que los amigos más íntimos de la literatura en quien él confiaba y á quien ella habia alimentado con su pan, se habian levantado contra él. Era verdad que un escritor eminente habia anulado el efecto de sus lamentaciones, pero nadie podía negar un tributo de respeto á un hombre que, dotado de más elevadas aptitudes literarias, empleaba toda su energía y habilidad en combatir un proyecto que más que otro alguno le interesaba, pues le colocaba en posición de hacer una fortuna que en el año 1849 podría colocarle entre las más grandes hechas en el país.

Advertido, pero no desanimado, por el revés de Serjeant Talfourd, lord Mahon al año siguiente tomó sobre sí la causa de los autores sus hermanos, y presentó un bill en que se proponía salvar el principio discutible, no llevándolo tan adelante como sus predecesores. Lord Mahon concedía protección por veinte años, contados desde la fecha de su muerte; y esta proposición fué bien recibida hasta que Macaulay presentó una contraproposición protegiéndole por veintidós años, pero contados desde la fecha de la publicación. Apoyó su proyecto con un discurso terso, elegante y vigoroso, tan entretenido como un ensayo de Elia y tan convincente como una prueba de Euclides (1). Cuando él

(1) Pero no es esto todo. El plan de mis nobles amigos no es meramente instituir una lotería en que algunos autores puedan

resumió su discurso, sir Roberto Peel cruzó el salón y fué á asegurarle que los últimos veinte minutos de su discurso habían cambiado radicalmente su manera de ver acerca del derecho de la propiedad literaria. Un miembro después de otro le confesaron su cambio entero de modo de pensar en este asunto, y sobre una

sacar premios, y otros, contratiempos. Esa lotería está ideada de tal modo, que en la inmensa mayoría de los casos los contratiempos caerían sobre los libros mejores y los premios en los libros de mérito inferior.

Tómese á Shakespeare. Mi noble amigo da una protección tan extensa cuanto se la puedo yo dar á Pérdida del trabajo del Amor y á Pericles, príncipe de Tiro; pero la da en cambio más corta de la que yo puedo concederle á *Otello* y *Macbeth*.

Tomemos á Milton. Murió este gran hombre en 1674. El derecho de propiedad de sus obras, según el plan de mis nobles amigos, expiró en 1699. *Comus* apareció en 1634, el *Paraíso Perdido* en 1668. Para *Comus* concede mi noble amigo á su autor sesenta y cinco años de derechos de propiedad, y para el *Paraíso Perdido* solamente treinta y uno. ¿Es esto razonable? *Comus* es un poema notable. Pero, ¿cómo compararle con el *Paraíso Perdido*? Mi plan concede á su autor cuarenta y dos años de propiedad de *Comus* y el *Paraíso*.

Pasemos de Milton á Dryden. Mi noble amigo quiere dar sesenta años de derecho de propiedad á los peores trabajos de Dryden, á los encomiásticos versos sobre Oliverio Cromwell, á *El Galante salvaje*, á *Las Señoras rivales*, como á otros desdichados trabajos tan malos como los escritos por Flechnoe ó Settle; pero para *Teodoro*, *Honorio*, *Tancredo* y *Sigismunda*, para *Cimon* é *Ifigenia*, *Palamon* y *Arcites*, el *Festín de Alejandro*, mi noble amigo considera suficiente su derecho de propiedad de veintiocho años. De todos los trabajos de Pope aquellos á los cuales mi noble amigo quiere dar la mayor suma de protección es el volumen de las *Pastorales*, notable tan sólo como producción de un muchacho. El primer trabajo de Johnson fué una traducción de un libro de viajes en Abisinia, publicado en 1735. Está tan pobremente hecho, que en sus últimos años no le gustaba oírle mencionar. Boswell una vez robó un ejemplar y le dijo á su amigo lo que había hecho. «No hables de eso—dijo Johnson—porque es una cosa para ser olvidada.» A esta obra mi noble amigo quiere darla protección

cuestión que, no estando ligada con su partido, cada cambio de modo de pensar llevaba un voto en su favor.

El bill, fué reformado sobre el principio de calcular la duración del derecho de la propiedad literaria desde la fecha de publicación y el tiempo de cuarenta y dos años, en lugar de los veintiocho. En esta proposición no hay nada incierto, no hay desigualdad; la ventaja que yo propongo dar es la misma para todos los trabajos, y ninguno podrá tener un derecho de propiedad tan lato como mi noble amigo le concede á algunos, ni tan breve como se le da á otros. Ningún derecho de propiedad durará más de noventa años, ni concluirá antes de los veintiocho. A todo libro publicado durante los últimos diez y siete años de la vida de un escritor le doy un más largo plazo de derecho de propiedad que le da mi noble amigo, y yo tengo confianza en que ninguna persona versada en la historia literaria puede negar esto; que, en general, los más valiosos trabajos de un autor aparecen en los últimos diez y siete años de su existencia. A *Lear*, á *Macbeth*, á *Othello*, á la *Reina de las Hadas*, al *Paraíso Perdido*, al *Novum organum* y *De augmentis* de Bacon, al *Ensayo sobre el entendimiento humano* de Locke, á la *Historia de Clarendon*, á la de Hume, á la de Gibbon, á la *Riqueza de las naciones* de Smith, al *Spectator* de Addison, á casi todos los grandes trabajos de Burke, á Clarisa y sir Carlos Grandison, á José Andrews, Tomás Jones y Amelia, y, con la única excepción de *Waverley*, á todas las novelas de sir Walter Scot doy yo un término más largo de derecho de propiedad que mi noble amigo. ¿Puede él poner una lista semejante? ¿Podrá hacer una lista que comprenda todo lo más grande que ha producido Inglaterra en muy varias direcciones, poesía, filosofía, historia, elocuencia, saber, pinturas notables de vidas y costumbres? Yo confiadamente propongo á la comisión que acepte mi plan de preferencia al de mi noble amigo.

renta y dos años, fué adoptado por una gran mayoría. Algunas ligeras modificaciones se hicieron en la proposición de Macaulay; pero le alegró la satisfacción de haber formado según su opinión una ley que puede ser justamente considerada como el privilegio de su clase, y haber añadido á la de Hausard aquello que por común consentimiento es considerado entre sus páginas más dignas de ser leídas.

Hubo otro asunto de más importancia á los ojos de sus contemporáneos, sobre el cual, por tomar una dirección independiente y perseverar ella de un modo valeroso, Macaulay hizo participar de su opinión primero á su partido y después al país entero. Se había terminado la guerra del Afghan en el otoño de 1842. Los tories reclamaban para lord Ellenborough la gloria de haber salvado le India; mientras la oposición decía que con dificultad había conseguido vencer los obstáculos del camino de su existencia salvada por otros. Muchos whigs creían, y alguno de ellos estaba dispuesto en todas ocasiones á mantener, que su señoría no había hecho nada merecedor de la admiración nacional en el pasado, sino despertar los más graves temores para lo futuro. Macaulay se había persuadido á sí mismo, y propuesto persuadir á los demás, que mientras lord Ellenborough continuase de gobernador general de la India la paz de nuestro imperio oriental no estaba asegurada ni por seis meses.

Albany; Londres, Febrero 1843.

Querido Ellis: Jamás pensé que pudiera vivir para simpatizar con el engaño de los whigs por Brougham; pero debo reconocer que lo merecemos todo. Supongo que usted habra oido algo de la estúpida y desgraciada

dirección que nuestros jefes han resuelto tomar en este asunto. Yo realmente no puedo hablar ó escribir de ello con paciencia. Han llegado hasta votar las gracias á Ellenborough, en oposición directa con su opinión y teniendo contra él pruebas incontrovertibles en sus manos, tan sólo para salvar la responsabilidad de Auckland; pero no le podrán salvar no obstante, porque la cobardía es una defensa muy pobre contra la malicia; y sacrificar toda la significación y respetabilidad de nuestro partido á la sensibilidad de un hombre, es una cosa demasiado mala para hablar de ella. Yo no puedo impedir la desgracia de nuestro partido, pero no quiero tampoco participar de ella; me iré á Clapham tranquilamente dejando á ellos que nos han preparado este pastel de basura que se lo coman. No creo que ningún asunto político me haya excitado tanto como este. Daré una muy ruda batalla, pero no tengo ninguna persona que me siga, excepto lord Minto y lord Clauricarde. Yo conseguiría fácilmente producir un motín en nuestras filas si me lo propusiera; pero una disensión interna es la única calamidad de que se hallan libres hasta ahora los whigs, y no quiero añadir yo esta á las demás plagas que sufren.

Siempre suyo,

T. B. MACAULAY.

El 20 de Febrero se reunió la Cámara de los Comunes para expresar su gratitud al gobernador general, promoviéndose con este motivo un debate en que los discursos pronunciados desde el banco de la oposición fueron tan buenos como hechos por hombres de Estado que han asumido una actitud tal que no podían abandonar sin ser poco sinceros. El voto de